

“De la brevedad de la vida”: Aspectos sociales y filosóficos

MARIA VEGA DE FEBLES

El opúsculo *De la brevedad de la vida* fue escrito por Séneca para dar sabios consejos a su suegro Paulino, funcionario público en época de Nerón.

Los que no han leído la obra, piensan, por su título, que el autor desarrolla las ideas “la vida es breve” y “todo pasa” e inmediatamente asociarán estas ideas con el famoso verso de Francois Villon *Mais, où sont les neiges d'antan?* Por el contrario, el tema del tiempo en esta obra de Séneca alcanza una dimensión completamente distinta y nos afirma que la vida es larga y es el hombre quien la hace breve.

Al comenzar el tratado nos dice el filósofo: “No es que tengamos poco tiempo, sino que perdemos mucho. Asaz larga es la vida y más que suficiente para consumir las más grandes empresas si se hiciera de ella buen uso...”¹

Son múltiples las pasiones que llevan al hombre a desperdiciar su vida, ni aun los que aparentan estar en la cúspide del poder aprovechan el tiempo. “Nadie se pertenece a sí mismo”² afirma el sabio cordobés.

1. Séneca, *Obras Completas*. p. 263.

2. *Ibid.* p. 264.

Los más encumbrados desean el reposo, y se refiere el autor al divino Augusto, que vivía anhelando un alto en la carga que representaba dirigir los destinos de la ciudad más poderosa de su época. “Aquel hombre que veía pendientes de él todas las cosas, a quien la fortuna hacía árbitro de hombres, de naciones, con ilusión pensaba en aquel día en que se despojaría de tan onerosa grandeza.”³

Los *occupati* son los hombres agobiados de quehaceres, espíritus ajetreados que no profundizan nada. Entre éstos se destacan los hombres de negocios y los funcionarios públicos. Los primeros empezaban el día a las siete de la mañana para recibir a sus clientes y parásitos. Después de dos horas de esta tediosa ceremonia, llamada *salutatio*, marchaban de visita; la etiqueta de la época exigía que se debía reciprocarse las visitas de los amigos, apoyarlos en sus candidaturas, asistir al compromiso de sus hijas y a la ceremonia de mayoría de edad de sus hijos, oír sus recitales y ser testigos de la firma de sus testamentos. Estas actividades sociales colmaban las horas de estos hombres y no dejaban tiempo para la verdadera vida, que es la vida interior.

A estos *occupati* los presenta el autor evitando salir por el atrio para esquivar a los clientes. “¿Cuántos evitarán la salida por el atrio atestado de clientes y se escaparán por una puerta falsa, como si no fuese más inhumano engañar que excluir? ¡Cuántos medio dormidos y mustios de la juerga de la noche pasada, al nombre de aquellos infelices que rompieron su sueño por esperar el de otro, a aquel nombre susurrado mil veces a medio labio responderán con un bostezo insolentísimo!”⁴

Los funcionarios públicos pertenecen a la categoría de los llamados *occupati*. Paulino tenía a su cuidado miles de fanegas de trigo, tenía que suplir las necesidades de una multitud hambrienta, tenía que vérselas con el estómago humano. Qué contraste entre su materialista vida y aquélla a la cual su yerno lo invita con amorosa solicitud: “¡Acógete a estas ocupaciones más tranquilas, más seguras, más altas!”... “En este género de vida te

3. *Ibid.* p. 266.

4. *Ibid.* p. 275.

esperan muchas artes nobles, el amor y la práctica de las virtudes, el olvido de las concupiscencias, la ciencia del vivir y del morir, la serena calma de la Naturaleza.”⁵

Además de estos ajetreados personajes, abundaban en la sociedad romana otros que sumergidos en un ocio aparente dedicaban la vida a placeres y frivolidades. Contra éstos se levanta la voz airada del estoico: “¿Llamas ociosos a aquellos que pasan muchas horas con el barbero, mientras recorta algún pelillo que les nació la noche anterior...? ¿Quién hay de éstos que no prefirieron una sedición en la república a un desorden en su atuendo capilar...?”⁶ También hay que contar entre éstos a los que consumen su vida en juegos, o como apunta Séneca “tostándose el cuero a los rayos del sol”.⁷

Primerísimo lugar en este grupo tienen los que dedican su vida a los banquetes; están largas horas del día, preparando fastuosas reuniones y después, desde las cuatro de la tarde hasta el día siguiente dan rienda suelta a la glotonería y embriaguez. Los describe así el autor: “Andan preocupados por la manera cómo servirá el jabalí el cocinero, por la rapidez con que, a una señal, los depilados esclavos corren a sus servicios; por el arte con que serán trinchadas las aves en pedazos no demasiado grandes; por el cuidado con que los infelices esclavos limpian los esputos de los borrachos. Con estas exquisiteces se cobra reputación de esplendidez y de magnificencia, y hasta tal punto acompañan los vicios a tales hombres por todos los trances de la vida, que ni beben ni comen sin vanidosa ostentación”.⁸

Comenta más adelante: “Oigo decir de algunos de estos enervados por las delicias —si delicias han de llamarse desaprender la vida y las costumbres humanas— que al sacársele del baño a peso de brazos y colocarle en la silla pidió por vía de interrogación:

5. *Ibid.* p. 278.

6. *Ibid.* p. 272.

7. *Ibid.* p. 273.

8. *Ibid.* p. 272.

‘¿Ya estoy sentado?’ ¿Crees tú que ése que no sabe si está sentado sabe si vive, si ve, si está ocioso?’⁹

Los autores de mimos, farsas populares muy del gusto de los romanos, criticaban las costumbres de la época, arriesgaban su cabeza al presentar diálogos de doble sentido contra el emperador, e inclusive sus dardos llegaban certeros al Olimpo y atacaban a los dioses inmortales.

El cómico lograba lo que se puede resumir como señala Stern en su obra *Filosofía de la risa y el llanto* con la frase “Castigat ridendo mores”.¹⁰ Sin embargo, Séneca cree que éstos se quedan cortos en sus ataques contra la molicie y comenta: “Anda ahora, y cree que los cómicos exageran en exceso cuando ridiculizan nuestra molicie. A lo que yo creo, más cosas dejan que no fingen; y tan adelante llegó la copiosa invención de increíbles vicios de este siglo, en sólo esto ingenioso, que ya podemos reprender a nuestros cómicos de negligencia”. Y añade indignado: “¡Que exista un hombre tan disuelto en la molicie que ha de saber por otro si está sentado! Este tal no es un ocioso, otro mote has de imponerle; ése es un enfermo, ése es un muerto. Ocioso es aquel hombre que tiene conciencia de su ocio. Mas ese medio cadáver que ha menester que otro le indique la posición de su cuerpo para saberla, ¿cómo puede ser señor de algún tiempo?”¹¹

Los valores éticos y sociológicos del opúsculo son de gran importancia y el autor nos pinta la sociedad romana de su época en forma magistral. Desfilan por la obra representantes de todas las clases sociales de la Roma antigua: los hombres de negocios, los funcionarios públicos, los autores de mimos, los emperadores. Contrastando con la frivolidad de costumbres de esta muchedumbre desperdiciadora del tiempo, se perfila la fructífera ociosidad del sabio. Sólo ése se examina a sí mismo y añade a sus años los siglos pasados. “Los únicos ociosos son los que se consagran a la sabiduría; éstos son los solos que viven, pues no solamente aprovechan bien el tiempo de su existencia, sino que a la suya

9. *Ibid.*

10. Stern, A. *Filosofía de la risa y del llanto*. p. 190.

11. Séneca. *Obras Completas*. p. 272-273.

añaden todas las otras edades; toda la serie de años que antes de ellos se desplegó, es por ellos adquirida.”¹²

En una crítica a la obra de John Hersey, *The Conspiracy*, novela epistolar en torno a la conspiración de Pisón, en la cual se vio complicado nuestro filósofo estoico, leí lo siguiente: “A triumph... His subtle blend of grandeur and police —state decadence could be Rome, Russia or even America”.¹³

Indiscutiblemente, vivimos una época semejante a la Roma imperial. Las críticas que se levantaron contra los desórdenes de Nerón, a quien Suetonio caracterizaba como libertino, lujurioso, petulante; avaro y cruel, tienen una actualidad extraordinaria. Los *occupati* de nuestros días son alabadísimos, pues hoy lo mismo que hace diecinueve siglos no se admira al que es sabio, sino al que se envuelve en una red enmarañada de ocupaciones estériles. Son escasos los verdaderos ociosos, esos que dialogan con Sócrates y caminan por los claustros callados del brazo de Agustín, obispo de Hipona; son pocos los que miran para adentro y se hacen las mismas interrogaciones que han hecho los grandes pensadores a través de la historia de la Humanidad ¿quién soy? ¿a dónde voy? ¿qué hago para ser más noble, más sabio, más hombre?

12. *Ibid.* pág. 274.

13. Louis Post Dispatch (review included in the book *The Conspiracy* by J. Hersey).

BIBLIOGRAFIA

- Diderot, D., *Vida de Séneca*. Colección Austral, Buenos Aires, 1952.
- Durant, W., *Caesar and Christ. The Story of Civilization*. Part III Simon and Schuster, New York, 1944.
- Hersey, J., *The Conspiracy*. Bantam Edition, New York, 1973.
- Hirschberger, J., *Historia de la Filosofía*. V. I Editorial Herder, Barcelona, 1965.
- Petronio, *El Satiricón*, Ed. Nacional, México D. F. 1966.
- Séneca, L. A. *Obras Completas*, Ed. Aguilar, Madrid, 1966.
- Stern, A., *Filosofía de la Risa y el Llanto*. Ed. Universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1975.
- Suetonio, *Vida de los Doce Césares*. Clásicos Jackson, V. V, México, 1966.
- Tácito, *Los Anales*. Clásicos Jackson, V. XXV, México, 1966.